

Clara Barranco Domínguez
Colegio San Antonio de Padua (Martos)
ANDALUCÍA



Desperté. Desperté de un profundo sueño, un sueño tan profundo como la muerte, tan profundo como el océano, tan profundo como los ojos de un recién nacido en los brazos de su hermosa madre.

Desperté y lo primero que vi fue una misteriosa brújula que apuntaba hacia el norte y que, en vez de contener los respectivos signos cardinales contenía números desordenados: 2, 7, 0, 6.

Me levanté de donde estaba tumbada y con la brújula en la mano derecha, cavilé hacia una puerta no tan lejana de donde me encontraba yo. No sabía dónde estaba, no recordaba qué me había ocurrido. Era como si volviera a nacer.

En mi cuerpo sentí una sensación fría y oscura, por lo que mi mente se temía lo peor. No se me ocurrió nada más que observar de nuevo la brújula. ¿Qué significaban esos números? ¿Qué relación tienen conmigo o con mi pasado?

Estaba desorientada, asustada; sentía el peso de la gravedad cayendo en un costado y mis manos comenzaron a sudar. Sin más miedo o remordimientos, vencí al peligro y abrí la puerta. Era un espacio en blanco, parecía no llegar a ninguna parte y, en aquel momento, la brújula comenzó a girar rápidamente y sin descanso, a punto de estallar.

Segundos después, la brújula frenó en seco y atravesó la puerta un hombre sin nombre que me tendió la mano y me susurró:

-Sígueme.

Acudí a la llamada de aquel misterioso hombre y caminamos por un rato sin freno hasta llegar a un frondoso bosque. En ese bosque había muchas personas con cadenas atadas al cuello. Cuando alguna de esas personas miraba al horizonte, las cadenas les estrangulaban causándoles arcadas. Segundos después de divisar el paisaje, el hombre se detuvo y dijo:

-El hombre es esclavo de sus palabras.

Y entre todas esas almas, encontré una una tanto peculiar, era un hombre mentiroso al que, cada vez que pedía perdón, las cadenas le daban un latigazo. En ese instante, el hombre sin nombre, con su voz ronca, me llevó a la orilla de un inmenso mar en el que había, al divisar el horizonte, una barca y cuatro mujeres. Entre esas mujeres reconocí a una en particular: vino a mi memoria la imagen de una mujer maltratada y dejada de lado. El hombre sin nombre se dio la vuelta y me dijo:

-Soy mujer y escribo. Soy sierva y soy libre. Soy plebeya y sé leer. He hecho en mi vida cosas maravillosas. He visto en mi vida cosas maravillosas.

Él recitaba un libro de cuyo nombre no me acordaba. Y mientras citaba un párrafo de una de las mejores novelas de Rosa Montero, me llevó hacia un oasis en medio del desierto y me dijo:

-Aquí es donde vas a pasar tu eternidad, este es tu paraíso.

Y en aquella milésima de segundo que me paré a pensar, vinieron a mi mente recuerdos de mi vida y de mi muerte, de mi infancia y de mi juventud, de la brújula y su relación con los números que la componían. 2706 era la fecha de mi nacimiento y, a la vez de mi muerte 27-06. Recordaba a ese hombre del bosque y aquella mujer de la playa. Eran mis padres.

En un impulso de claridad, contesté sin pensármelo dos veces:

-No quiero pasar la eternidad aquí, no es mi hogar.

-¿Y dónde quieres pasar la eternidad? ¿Qué es para ti un hogar?

Por un momento reflexioné, respiré y contesté:

-El hogar es un sentimiento, un objeto, un apego hacia alguien o hacia algo. Es la risa de un niño, es el llanto de un hombre o la caricia de una madre. El hogar es la familia, es una habitación oscura pero acogedora en la que has dado tus primeros pasos, en la que has vivido tus peores momentos o en la que has pasado tus últimos minutos de vida. Para mi un hogar es lo que soy y lo que nunca dejaré de ser. Es una brújula y una canción que te acompañan hasta que te dejan de gustar, y apagas la radio dejando el panorama vacío, melancólico y sin color.

Al terminar mi improvisado monólogo, el hombre sin nombre comenzó a caminar sin decir ni una palabra; no sabía dónde iba, solo sabía que seguirle era mi única opción.

Caminando llegamos a una montaña que parecía no tener fin, y allí, recordé un pasaje de La Divina Comedia en el cual Dante pasaba por los siete aros del cielo. A la par que subíamos a la montaña, mis sentimientos se disparaban y mi curiosidad aumentaba por saber qué me esperaba al final de la montaña. Observé la brújula y esta no paraba de girar, repitiendo el mismo patrón: 2, 7, 0, 6...

Cuando al fin llegamos a la cima, el hombre sin nombre se sentó en una silla de madera y posó sus ojos azul cielo en mí. Yo, inocente, me atreví a preguntar:

-¿Quién eres?

Y él, con su ronca y sonora voz contestó:

-Yo soy el amor, el tiempo y la muerte, soy la canción que llena el panorama de color, soy el hombre sin nombre. He venido aquí para que tú me pongas un nombre con el que la gente pueda recordarme, un nombre que tenga tanto valor como esta melodía.

Tras pensármelo un rato, releí una frase que siempre me acompañaba grabada en la brújula: "Siempre serás un hijo de la luna". Y cuando el tiempo parecía haberse congelado contesté:

-Hijo de la luna.

En aquel momento desperté de nuevo en esa oscura habitación en la que se oía una bella melodía de fondo y la acompañaba esa extraña brújula que parecía sacada de un sueño. Segundos después de pensar, comprendí el fin de mi aventura, cerré la brújula y me dispuse a pasar el resto de la eternidad en "mi hogar".